

Radiografía del campo editorial en

MONTERREY

◆ JOSÉ PULIDO MATA

El campo editorial en Monterrey se mueve, está vivo. Así lo anuncian, palabras más, palabras menos, algunas notas en la prensa de los últimos dos años.¹ Por ahí se ha hablado de un renacimiento cultural, de una efervescencia; se dice que la ciudad es un escaparate para los proyectos editoriales, que hay ferias del libro y encuentros de editores independientes; literatura por aquí y por allá, se abren librerías; los nombres de las editoriales regiomontanas se enlistan de un artículo a otro y siempre falta mencionar alguna; también hay programas enjundiosos de difusión de la lectura, y por si fuera poco, la edición universitaria pasa por un momento inédito de proyección desde el 2011, luego de la apertura de la Casa Universitaria del Libro de la UANL.

A estas alturas —y ahora que vivo en otra ciudad y veo a Monterrey desde afuera— me he estado preguntando: ¿a qué se debe tal efervescencia?, ¿cómo funciona el campo editorial en la ciudad?, ¿qué le falta y cuáles son sus agentes?, ¿por qué sin importar el desalentador porvenir económico o la inseguridad surgen cada día proyectos nuevos? En los párrafos que siguen trataré de explicar brevemente cómo veo el campo editorial en la ciudad y cómo lo he vivido, desde la experiencia del agente interno que he sido y desde la perspectiva del externo que ahora soy; pero antes, va un escueto apunte sociohistórico sobre el libro y su valor que espero sirva de trasfondo a la discusión sobre el panorama local de la edición.

¿LA CULTURA NO TIENE PRECIO?

En un mercado casi selvático, lleno de productos fútiles, el libro aparece como una criatura mítica, bicéfala, pues así como se parte en páginas, en pares y nones, se dice que tiene un valor económico, además de un valor cultural (Piedras, 2004). En tanto medio de comunicación y soporte de información, el libro tiene la cualidad de transformar, de ampliar

¹ Hablo en particular de una nota de *La Jornada*: “Primer día de editoriales independientes en Monterrey” (17 de mayo de 2013); del artículo de Daniel de la Fuente en *El Norte*: “Letras regias” y del de Alan Valdez en *El Porvenir*: “Propuestas de letras regias” (ambos del 11 de octubre de 2014). Me refiero también a las notas de Gustavo Mendoza Lemus en *Milenio*: “Monterrey, la ciudad que vive entre editoriales” (27 de julio de 2014) y “Monterrey, escaparate para las editoriales independientes” (15 de marzo de 2015), así como al texto de Denisse Longoria publicado en *Tierra Adentro*: “Renacimiento cultural: la industria editorial independiente” (sin fecha).

realidades, porque recrea en la mente del lector y lo pone en contacto con subjetividades otras; he ahí su valor cultural. En tanto producto, el libro está sujeto a costos de producción, comercialización y distribución; el libro es un bien que está sujeto a leyes y a impuestos, con un precio de venta; he ahí su valor económico.

Como bien económico y cultural que se reproduce mecánicamente, el libro nació, bien se sabe, en el Renacimiento, con la adopción en Occidente de la imprenta ideada en China y con el desarrollo de tipos de plomo a manos de un orfebre alemán.² Como la reproducción mecánica de obras era desde luego más rápida que la copia manual de libros, el mercado de lectores-compradores se amplió, y entró así en escena la figura del librero, del editor, del impresor, que en ese entonces solían ser uno mismo; es decir, se trataba de agentes que identificaban una demanda de lectura, se apropiaban de las obras que necesitaban, las intervenían y las reproducían para ponerlas a la venta; eran personajes de dos cabezas también, como el libro mismo, capitalistas a la vez que humanistas que lucraban con la cultura... así nació el oficio de publicar.

¿Lucrar con la cultura? ¿Transformar el capital simbólico en capital económico? ¡Ni pensar! ¡La cultura no tiene precio!, exclamaría el buen humanista, el buen letrado; porque ya desde su formación en la academia, cuando no desde su tierna infancia, la relación con sus libros se volvió sagrada: el autor es ese ser iluminado que toma nota de los ecos que le dictan los dioses, y el lector, entonces, es nada menos que el profeta que lo entiende, lo descifra y que extiende su palabra a los profanos. Impensable es, pues, por más quincenas que le haya costado al humanista retacar su librero de ediciones de lujo, que no satanice el lucro de la cultura. Ignora que sobre sus libros se vertió el trabajo intelectual de otros humanistas —acaso mal pagados—, que revisaron y formaron cada página. Ignora también que el papel, la tinta y el pegamento tienen un costo y que las librerías no son precisamente el negocio más rentable en una sociedad que, según los índices de lectura, lee poco y compra todavía menos libros. ¿La cultura no debe tener un precio?

2 Habría que recalcar que la *gran* aportación de Gutenberg consistió en usar plomo en lugar de madera para la fabricación de los tipos móviles (Kloss, 2009).

PAPÁ GOBIERNO Y LA ANARQUÍA CULTURAL

Hace unos meses quise viajar en la Ecovía: este medio de transporte que es una mezcla de metro y autobús y que cruza de San Nicolás a Monterrey por todo Ruiz Cortines. Esperaba en la estación cuando de pronto me llamó la atención un estante con los logos del gobierno del estado. “Otro programa de difusión de la lectura”, pensé, “como aquel que se echó a andar en el Metro y que fracasó hace unos años: toma un libro, léelo y vuelve a ponerlo en el estante para que alguien más lo lea, y que se entendió como: toma un libro, llévatelo a tu casa y que nadie más lo vea”. No contaba con que esta vez un libro de lujo en cuya edición trabajé en el 2010, en épocas de bonanza presupuestaria por lo del Bicentenario —que por cierto costó *muy* caro y del cual se hicieron *muchos* ejemplares— estuviera allí, abandonado, esperando a que alguien lo tomara y lo escondiera en su casa. “¿Otro programa de difusión de la lectura?”, me pregunté. “No, más bien una estrategia desesperada para hacer espacio en la bodega”.

Todavía hasta hace cuatro o cinco años los libros del Estado editor eran los más. El gobierno se encargaba de publicar la obra de los autores locales y se encargaba también de refundirla en sus oscuras librerías; publicaba también de vez en cuando algún *coffee table* conmemorativo, algún catálogo de exposición y todos eran felices. Pero a la fecha, y aunque la estrategia de “editar y publicar libros y material electrónico elaborado por actores culturales destacados a fin de fortalecer la cultura en el estado”³ sigue figurando en las políticas del gobierno, se tiene la noción de que la producción editorial ha ido a la baja.⁴ Claro: hay asuntos más importantes que papá gobierno debe atender, como la crisis de seguridad, y por ahora no tiene tiempo para leerle un libro a su hija, la ciudadanía.

Pero eso no está del todo mal. Alejarse de la idea de un gobierno paternalista que brinda a su pueblo cultura “gratuita” le hace bien a las sociedades

3 Gobierno del Estado de Nuevo León, Plan Estatal de Desarrollo 2010-2015, Gobierno del Estado de Nuevo León, Monterrey, pág. 71.

4 Dicha noción se asoma en la nota de Gustavo Mendoza Lemus: “Monterrey, escaparate para las editoriales independientes”, mencionado en la primera nota al pie.

contemporáneas. En el caso de la edición en Monterrey, la desatención a la política editorial por parte del agente hegemónico que fue el Estado ha puesto sobre la mesa las condiciones necesarias para una *democracia cultural*, en la que son los ciudadanos quienes ejercen su derecho a la cultura como agentes activos; ahora son ellos mismos los que producen y consumen sus propios bienes culturales.⁵ Así ha cobrado fuerza la llamada edición independiente en el panorama actual, que más que un renacimiento parece una especie de anarquía cultural.

EDITOR POR ACCIDENTE, POR NECESIDAD O VOCACIÓN

Hace pocos meses participé en el primer Concilio Nacional de Correctores que tuvo lugar en la Biblioteca José Vasconcelos, en la Ciudad de México. Me sorprendió encontrarme por ahí, entre poco más de cien correctores de varios estados del país, a cinco estudiantes de Letras de la Universidad de Zacatecas. Me acerqué a ellos para hacerles una entrevista y me sorprendió todavía más enterarme de que estaban interesados en insertarse en el campo editorial como correctores y que a ello se debía su presencia en el Concilio. “Eso antes no se veía”, pensé. “Lo más normal era que uno llegara a la edición por accidente o porque no había más”.

Todavía hasta hace cuatro o cinco años era bien sabido que el campo natural de inserción para los recién egresados de una carrera de humanidades era la docencia. Pero de pronto las leyes universitarias adoptaron una política de grados en cascada para contratar docentes: quien quisiera dar clases de licenciatura debía tener, cuando menos, maestría; quien quisiera dar clases de maestría debía tener maestría o doctorado; quien quisiera dar clases de doctorado debía tener... Lógico, sí; pero a muchos pasantes y recién egresados de entonces eso nos causó una ligera opresión en el pecho. Si antes contábamos con pocas posibilidades de inserción laboral ahora

⁵ En su libro *Cultura y ciudad. Manual de política cultural municipal* (2000, pp. 39-41), Iñaki López de Aguilera distingue los conceptos de *democratización cultural* y *democracia cultural*. Del primero dice que se trata de una acción estructurada por parte del gobierno para acercar la cultura al pueblo; del segundo dice con otras palabras lo mismo que señalé arriba.



teníamos menos. Así fue como muchos caímos en el terreno de la edición; en el caso particular de los letrados, en el oficio iniciático de la corrección de estilo. Ya fuera en la edición universitaria, en oficinas de servicios editoriales, en agencias de publicidad o en instituciones y empresas (no necesariamente editoriales) que publican o tienen un departamento de comunicación social, ahí había un corrector, un redactor, un coordinador editorial.

Hoy la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL ha reconocido que el trabajo editorial en la ciudad es una opción tangible para sus egresados, al grado de que ahora en la carrera de Letras es posible encauzarse hacia la realidad profesional por medio de tres acentuaciones: una en docencia, una en investigación y otra en edición, en la que hasta donde sé hay materias de corrección y de diseño editorial.

Además, el acercamiento a tientas al trabajo editorial por parte de muchos egresados que no alcanzaron estas tres áreas terminales ha contribuido a que se gesten proyectos de edición independientes. ¿Qué sucederá en los próximos años, cuando los egresados de Letras con acentuación en Edición salgan al campo y se encuentren con profesionales empíricos? Continuará...

EL SALTO DEL EDITOR *IN-THE-PENDIENTE*

Al campo editorial en Monterrey le hacen falta editoriales comerciales. Pareciera que una formación humanista y un Estado editor, paternalista, hubiera insuflado en los editores de la región un espíritu romántico, que se olvida a ratos de la ambivalencia, cultural y económica, del libro. El viejo tópico del elogio de las letras prevalece en los proyectos independientes que carecen muchas veces de inversión, de planes a largo plazo y de un nicho específico de lectores. Es esa idea de la pureza de las letras la que hace que los proyectos culturales penden de un hilo y que vayan en declive.

Las editoriales independientes en Monterrey casi siempre actúan de adentro hacia afuera; es decir, piensan en un título *x* que está a su alcance, que les gusta y les parece interesante, luego lo producen y lo lanzan a un mercado que ni se lo espera. Apostar por un criterio subjetivo de calidad no está mal y a veces funciona, pero no vendría mal para la propia subsistencia definir perfiles de lector, explorar el mercado para reducir incertidumbre, costear la producción, la distribución y la comercialización y fijar un precio acorde con ello.

Habría que considerar que ser un poco más comerciales y atreverse a crecer no significa —necesariamente— prostituirse o convertirse en un local de fotocopiado e impresión; tampoco implica perder el sello alternativo ni dar la espalda a la calidad de los contenidos. Se trata de subsistencia, no de resistencia; se trata de bibliodiversidad, no de ser locales y cerrados (recordemos el trágico y heroico caso de Ediciones Castillo). El compromiso del catálogo debe apuntar hacia las profundas transformaciones sociales. Al final, son la estabilidad y la permanencia en los proyectos culturales las que hacen que éstos calen más hondo en la memoria colectiva y en los valores de una comunidad. Hay que allanar la pendiente, aprovechar los factores educativos, socioeconómicos, culturales y políticos que coincidieron en nuestro espacio-tiempo.

Dicho sea todo lo anterior en favor de la plenitud y desarrollo del campo editorial en la ciudad. ●

Referencias

- Piedras, Ernesto (2004). *¿Cuánto vale la cultura? Contribución de las industrias protegidas por el derecho de autor en México*. México: Sociedad de Autores y Compositores de Música, Sociedad General de Escritores, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana.
- Kloss Fernández del Castillo, Gerardo (2009). *Entre el diseño y la edición. Tradición cultural e innovación tecnológica en el diseño editorial*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Gobierno del Estado de Nuevo León. Plan Estatal de Desarrollo 2010-2015. Gobierno del Estado de Nuevo León, Monterrey, s/f.
- López de Aguilera, Iñaki (2000). *Cultura y ciudad. Manual de política cultural municipal*. Gijón: Trea.